

``Nunca es tarde para la 3ª edad``

Nací en 1932, con gran alegría llegué a mi casa, siendo el mayor de dos hermanos, pero pronto se avecinaba una gran tempestad, la cual no esperábamos.

En 1936, comenzó la terrible Guerra Civil en España, donde mi padre tuvo que partir, para luchar por su patria y su familia. En esos momentos, tenía cuatro años y no comprendía muy bien la situación, entonces al ver a mi madre con la cara invadida por las lágrimas, le pregunté- ¿Qué es eso de la guerra civil, mamá?- a lo cual ella me respondió- hijo, es donde van los hombres a luchar- entonces mire al frente y vi a mi padre marchar y cerrar la puerta.

Pasados unos años, mi padre volvió a casa, y antes de partir a luchar en la guerra, se dedicaba a la carpintería, sí, mi padre era carretero. Volvió cuando yo, ya era un buen mozo, hecho y derecho y con muchas ganas de conocer a mi padre y empezar a crear buenos recuerdos juntos. Por las mañanas, bajaba al taller de mi padre, nada más levantarme. Un día que desperté eufórico y radiante de energía positiva, cogí un trozo de madera, lo coloqué encima de un tronco, y con entusiasmo sostuve un hacha sobre mis manos, cuando iba a realizar el movimiento para el hachazo, no sé qué paso, si hubo alguna distracción, pero vi mis dedos, mis manos, mis brazos ensangrentados, caían gotas de mi frente, levanté la mano y supe que una astilla acabó en mi frente sudorosa. A partir de ese momento aprendí que la carpintería no es un oficio cualquiera, se debe realizar con cariño, paciencia y mucha cautela.

Mi querido padre poco después falleció, y dentro de mi ser, se quedó una espina clavada, tenía el sentimiento de falta, me quedaba mucho por aprender de él, del oficio, ya que me encantaba todo oficio artesanal. Decidí abandonar, por la falta de mi padre, pero allí estaba, si él, mi tío-abuelo, para cumplir con esa ausencia y sacarme de la gran tristeza que mi padre dejó en mí. Me presentó a un amigo, el cual no era carretero pero sí herrero, y para la fabricación de los carros también era necesario saber de herrería. Pasamos dos inviernos trabajando duro, ya preparado para separar nuestros caminos e

iniciar a caminar solo dentro del oficio. De ese modo, se me ocurrió una idea disparatada, abrir mi propia herrería. Empezó a funcionar muy bien, cambiaba los arados por trigo y las herramientas por dinero, pero a eso de los años 55, vino la gran crisis de trabajo en España, empezaron a abrirse nuevas fábricas donde las herramientas costaban lo mínimo y el oficio acabó quebrando.

Pero algo había que hacer, y me metí a guardia civil durante 25 años, pensareis, ¿de los trabajos artesanales a las armas?, no queridos lectores, estuve mis primeros seis años formándome, pero en cuanto pude me hice con la carpintería de la comandancia de Burgos y allí estuve 19 años de mi vida, dedicándome al gran oficio heredado por mi padre.

Tras mi jubilación a los 54 años, tenía demasiado tiempo libre, aunque continuaba haciendo pedidos para mis buenos amigos. También junto a mi mujer realizábamos excursiones, una o dos al año para conocer nuevas costumbres, nuevas culturas, nuevas lenguas, en definitiva a conocer mundo.

A eso de mis 75 años, los tiempos estaban demasiados tranquilos, tanto que no sabía en que emplear mi tiempo, me sentía un abuelo, sin capacidades, pero una tarde maravillosa, de esas que reluce el sol aunque haga un poco de viento, si, de esas que en Burgos se ven dos veces al año como mucho; apareció mi hija por casa y nos comentó que habían abierto un Centro Cívico en el barrio de San Agustín y como muy curiosos que éramos, fuimos a la apertura.

En la inauguración del centro, nos explicaron los diferentes talleres que se podían realizar, de los cuales me llamo la atención el ``Taller de Tallaje´´, pero pensé este viejo y absurdo abuelo no sabría cómo hacerlo, así, con las mismas volví a casa. Durante la noche estuve dándole vuelta a la cabeza, bueno ya sabéis cómo somos, se nos mete algo en la cabeza y no paramos, por ello a la mañana siguiente me levanté y fui a apuntarme.

El primer día de clase, una chica joven, nos habló de tallar en madera y me sentí entusiasmado, al ver que el oficio de carpintero me ayudaría mucho en

esta labor, no veía tan oscuro eso de volver a aprender algo nuevo, aun así todavía sentía inquietud. Pasadas las semanas, apreciaba que las imágenes que nos proponían eran muy fáciles y decidí presentarle nuevas ideas que me rondaban cada noche por mi cabeza y no me dejaban dormir. Me sentía más contento, pues mis trabajos comenzaron a coger forma, hasta que llegó un momento en que ir al taller no me beneficiaba, ya que sabía más que la señorita.

Cerca de mi casa, tenía un taller, pequeño con mucha luz, muchas herramientas, pues todo ello de la carpintería. Y decidí volver a darle uso. Cogí una rutina, una rutina que me gustaba, ya las horas no eran tan largas en el sofá, pues sonaba la alarma del pequeño reloj reluciente del salón y partía hacia mi taller. Comencé a ir cuatro, dos, seis horas al día, aunque había días que no aparecía por allí, pero otros, se me pasaba las horas volando.

Las obras invadían mi taller, y hasta mi mujer pronto me echaba de casa con tantos cuadros. Entre ellos se destacaba, La liberación de Castilla con el Conde Fernán González, Bancos góticos, Los siete infantes de Lara, La última cena de Jesucristo, un espejo barroco y La Catedral de Burgos.

Para la realización de La Catedral de Burgos tardé un año en tallarla y rematarla. Sí, tardé mucho tiempo porque me bajaba al taller y cuando hacía sol, me gustaba tener la puerta abierta. La gente del barrio pasaba y se quedaba asombrada al ver mis obras, algunos hombres del barrio, esos, de los de toda la vida, me gritaban desde la otra acera, ¡Eres un artista!, ¡Fenómeno! , y eso me hacía sentirme orgulloso de mí mismo, yo, que no daba nada porque fuera capaz de aprender algo nuevo a mis 75 años, pues sí, lo logré y a día de hoy me considero un artista, aunque no vendo mis obras, ya que son sentimentalmente muy valiosas para mí porque hicieron de un hombre viejo, sedentario y con baja autoestima, un hombre alegre, orgulloso de sí mismo y que tiene potencial para aprender cualquier cosa aunque la edad este hay machacando con sus achaques.

Los Coroneles.